

Libros

14

EL DESAFÍO
DE PROUST

LA MIRADA DE PROUST.
REDENCIÓN Y PALABRA

VÍCTOR GÓMEZ PIN
Triacastela. Madrid, 2012
317 páginas, 24 euros

★★★★

Hay una imagen tópica de la tarea de Proust que no por ser un lugar común es menos real: la del escritor que se cierra al exterior para recuperar ese mismo mundo, trascendido, en una obra. La fiel asistenta Céleste Alibert dejó un testimonio precioso de esos años finales de la lucha del autor de *La búsqueda del tiempo perdido* por, según Gómez Pin, redimirse. La literatura como el verdadero juicio final, la prueba de resistencia.

Gómez Pin no oculta que tiene una tesis general sobre la obra de Proust y sobre toda tarea de verdad poética: «Que los que hacen del enriquecimiento del lenguaje la causa final de sus acciones son de alguna manera redentores de nuestra condición». Esta idea está en el romanticismo alemán y, matizando, en escritores de lengua española tan sensibles al significado del lenguaje poético como Paz y Valente. El primero, ateo; el segundo, creyente. Porque no se trata de teología ni de creer en un más allá; la redención de la que habla Gómez Pin tiene que ver con una ontología: el ser humano coincide con su naturaleza verbal.

Finura interpretativa

El tiempo humano es hijo del verbo. A su vez, esta condición supone una conciencia de sí altamente compleja, siendo «el único ser que se sabe fruto contingente de la historia evolutiva». Puede, pues, representarse y vivir de manera diversa este conocimiento. Lo opuesto de redención sería para Gómez Pin el nihilismo (todo está permitido en ausencia de valores absolutos, solo los usos falaces nos definen, etc.), pero también la percepción y producción de lenguaje de manera meramente utilitaria. El poeta (el que eleva el lenguaje al grado de crea-

ción) es una especie de héroe que acepta el reto. De ahí que vea en Proust, con numerosos ejemplos de lectura de su obra, muchos de gran finura interpretativa, una encarnación de lucidez, porque reconoce la naturaleza paradójica de la vida humana y se empeña en el lenguaje como portador de una sobrevivencia, aunque no como cuerpos gloriosos ni guateque de huries, sino en el orden de lo poético, capaz de recobrar el tiempo al redimirlo de su curso.

Animal divorciado

A lo largo de su estudio, Gómez Pin menciona la segunda ley de la termodinámica, en el sentido de la unidireccionalidad del tiempo, y en el de la fatalidad de los actos. No se vuelve atrás. Lo que la poesía hace es recuperar esa entropía del tiempo, pero fuera de él, es decir: por un momento, el de la escritura, el de la lectura, en un espacio mítico.

Gómez Pin habla de confianza en el lenguaje y define la desconfianza como propia de «un animal divorciado de su propia naturaleza». Interpreto que no quiere decir una desconfianza parcial, porque pensar es desconfiar de los significados, y escribir es desconfiar del lenguaje heredado en la búsqueda de su pluralidad. La confianza es la capacidad del lenguaje para vivificar, lo que supone una actitud crítica ante en lenguaje.

La metáfora es una resurrección de la realidad como pluralidad en el orden de la estética, y algo que designa a una presencia que solo encontramos en su manifestación verbal. Ahora bien, ¿qué ocurre con los que no escriben y apenas leen? Respondo por mi cuenta y riesgo que las virtudes de la lengua son anteriores a la literatura y la fundan.

JUAN MALPARTIDA

TODO LO
QUE HAY

CARTAS DE MAMÁ

JULIO CORTÁZAR
Prólogo de Jorge Luis Borges
Nórdica. Madrid, 2012
72 páginas, 8 euros

★★★★



Cartas de mamá, relato que forma parte de la colección *Las armas secretas*, es de una maestría que sobrecoge. Difícilmente puede llegar a una narración a un nivel de excelencia tan total. Nada tiene de extraño que Borges quedara cautivado tras su lectura y que se enorgulleciera, como se deja constancia en el prólogo que acompaña a esta primorosa edición, de haber descubierto al joven Cortázar. En este cuento todo es por un error, por un supuesto error; pero es que todas las grandes historias comienzan con un error. Cortázar habla de esa existencia errática en que sobrevivimos y en la que -todos- terminamos por sucumbir. En sus relatos, también en el que ahora comento, se escucha ese latido sordo con que resuena el destino.

Me encanta ese compositor de artefactos literarios que fue Cortázar, huelga decirlo; para mí está entre los tres o cuatro nombres más grandes de las letras del pasado siglo. Tras la lectura de cualquiera de sus pági-

Julio Cortázar,
autor de «Cartas
de mamá»

nas queda uno sin saber qué sentir, qué decir, cómo continuar... Leerle ha sido siempre para mí como asistir a la mejor lección de vida.

Es cierto que al principio hay que sortear una barrera: la de un lenguaje muy preñado, aún en su aparente simplicidad. Pero no es una barrera que cueste saltar: basta leer las primeras páginas un par de veces y luego todo fluye, y queda uno embrujado por una prosa tan cuidada como suelta, tan llena de ese no sé qué que pa-

rece la vida misma. Porque la mamá a la que se alude en el título está viva; y Luis y Laura, los protagonistas, también lo están; y Nico, por supuesto, ese muerto que es el más vivo de todos. Y tanta vida solo puede brotar -estoy seguro- de una búsqueda artística radical.

Porque en todo Cortázar, y en estas *Cartas de mamá* en particular -primero de sus textos que el escritor vio en letras de molde-, hay historia -la de la descomposición de un matrimonio-; y hay anécdotas y detalles -que es lo que confiere al conjunto su temperatura y color, su verosimilitud-; y hay contrapuntos simbólicos -como el del perro Bobby, tan eficaz en su discreción-; y hay *flashbacks* explicativos, pero tan bien integrados que apenas se percibe que nos hemos retrotraído unos años, y un endiabrado manejo del tiempo (¡cuál estás adelante que atrás, figura que dentro, en París que en Argentina).

Truco invisible

Además, hay suspense, un suspense sin truco, o con un truco invisible; hay esa fatalidad que a veces acompaña a los actos humanos -casi siempre-, hay un conflicto latente, que es lo que mueve todo; hay víctimas y verdugos, y víctimas que luego resultan verdugos y viceversa; hay eso que deben proporcionar los buenos cuentos: la sensación que hay mucho por detrás, sin contar. Hay, en fin, ese conocimiento del ser humano que solo una narrativa magistral puede brindar. Hablar aquí de profundidad psicológica se me queda corto. Preferiría decir profundidad narrativa o arte, simplemente arte. ¿para qué más?

Leer a Cortázar -una voz difícilmente imitable- me confirma en la vocación de escritor. Porque casi todas las historias ya están contadas; pero conviene contarlas de nuevo y, si es posible, mejor. Ninguno de sus libros se ha quedado antiguo. No es que sea mejor que Borges o que Maupassant: cada uno es todo un universo, y los universos no son concurrentes sino compatibles.

PABLO D'ORS

